

## Los encuentros, la figura

***Eduardo Ramos-Izquierdo (Université Paris-Sorbonne)***

Algunas cosas me resultan borrosas con el paso de los años, pero de lo que sí estoy seguro es de que ese primer encuentro tuvo lugar un lunes del mes de enero de 1979, a eso de la nueve de la mañana. Recuerdo que con mi habitual pereza matutina salí de casa para ir al supermercado que estaba a la altura de los primeros números de la rue de Rennes. Iba caminando por el Boulevard Saint-Germain cuando de pronto lo vi venir hacia mí: muy alto, con un caminar pausado y un abrigo gris de lana. Iba distraído y al cruzarnos, ignoro si por timidez o por alguna otra razón, evité el encuentro de las miradas. Después de haberlo visto pasar, se me ocurrió de inmediato una variante de las reglas de “Manuscrito hallado en un bolsillo” y por supuesto que se armó el juego para seguirlo. Al verlo llegar a la esquina de la siguiente calle, resolví que si seguía derecho por Saint-Germain, lo alcanzaba y le hablaba. No fue así, pues dio vuelta a la derecha en esa calle, la rue des Ciseaux y ya desde la esquina lo vi alejarse.

Dos días después, tenía que ir al seminario de Saúl en Vincennes a principios de la tarde. Tomé como de costumbre la línea 4 del metro en la estación de Saint-Michel. Recuerdo muy bien que me subí a uno de los primeros vagones que me pareció que iba menos lleno. Al acercarnos a la estación de Châtelet, lo vi surgir por encima de las cabezas cuando se levantó del asiento y se abrió paso para acercarse a la primera puerta del vagón. Yo salí por la siguiente puerta.

Resolví esta vez que si tomaba la dirección de la línea 1, que era por la que yo debía continuar, me le acercaría y le hablaría. Lo vi dudar frente al cartel de las diversas direcciones, pero tampoco esta vez eligió la que yo había previsto.

Recuerdo muy bien que ya en Vincennes llegué al seminario que tenía lugar en aquel salón estrecho, de paredes manchadas y alfombra luida, con esa gran mesa que dejaba poco espacio para las sillas alrededor de la cual nos sentábamos. No sé que tanto se me notaría la emoción, pero al fin le conté a Saúl y a algunos compañeros presentes que me lo acababa de encontrar en el metro. Saúl con el hilo de su frágil y lenta voz dijo algo como y bueno che y mirá que veo que Julio anda paseándose, frase en la que me pareció que había más complicidad que convicción. Nos sentamos y comenzó el seminario. Enfrente de mí, Anne me miró con el intenso brillo de sus ojos azules, aunque con una duda quizá afectuosa. Al final de la tarde, volvimos juntos a París y fuimos a casa un rato. No hubo ocasión de evocar el encuentro azaroso. Mas tarde, la acompañé a la boca del metro y

antes de despedirnos con el beso discreto, confirmamos la cita del próximo sábado para la exposición.

No recuerdo la hora precisa, que poco importa, pero sí que nos encontramos aquella tarde junto a las escaleras automáticas a la izquierda del hall interior de Beaubourg. En aquel entonces algunos amigos míos criticaban acerbamente una pretendida ligereza en la obra de Magritte. Yo en realidad siempre he admirado la nítida pulcritud de su dibujo y su fino y a la vez intenso sentido poético del humor. En cuanto a Anne, sentía una peculiar fascinación por los personajes con abrigos y bombines que de vez en cuando aparecen en su obra.

Recuerdo que esa tarde había bastante gente y debimos de hacer una cola que quizá no haya sido muy larga. De lo que estoy ciertamente seguro fue de que empezamos a recorrer algo que veo ahora como una especie de laberinto de paneles blancos plenos de desconcierto, de ingenio y de color. Al pasar a otro espacio fue de nuevo la sorpresa, sin duda la mayor: allí estaba él viendo un cuadro en una intensa soledad. No recuerdo cuál era, porque mi reacción inmediata fue decirle a Anne que ese señor tan alto y serio era él. En ella que adoraba las historias fantásticas y lo *bizarre* en general, el asombro que vi en su rostro me pareció perfectamente natural. Le propuse entonces el juego que de inmediato y con malicia aceptó. Cuando lo vimos seguir el recorrido de la exposición le dije que si al llegar a la disyuntiva, daba vuelta a la derecha, nos acercaríamos a él y le hablaríamos. Efectivamente, cuando llegó a la alternativa, dio vuelta a la derecha. El juego por primera vez autorizaba pasar a la siguiente etapa. Fue un momento de felicidad, aunque yo de alguna manera había previsto que esa sería la única posibilidad que le permitiría la trayectoria de los paneles. Esa mínima concesión en la selección de la alternativa, no me parecía una grave infracción, a pesar de... De cualquier manera, aceleramos el paso para ir a su encuentro. Al dar la vuelta detrás de él, mi conciencia quedó tranquila pues descubrí que en realidad había otra alternativa a la izquierda, que él no eligió.

Esperamos un instante que dejara de ver un cuadro (tampoco recuerdo cuál) para acercarnos. Así, nos pusimos de plano frente a él y con mi mejor inconsciencia juvenil lo saludé llamándolo por su nombre y tendiéndole la mano que, después de una obvia sorpresa frente a ese par de desconocidos, aceptó estrechar. Siguiendo con el abuso de confianza le presenté a Anne, que también le dio la mano. Entonces, nerviosamente le evoqué los encuentros de esa semana del Boulevard Saint-Germain y del metro recordándole los días y las horas precisas. Le dije que me parecía extraordinario (ese fue el adjetivo) que en menos de una semana me lo hubiera encontrado tres veces. Recuerdo muy bien la generosidad de su respuesta insistiendo, con su voz grave de erres francesas, que eso también era extraordinario para él. Hubo entonces un vacío. Le agradecí la breve charla y le pedí alguna disculpa por haberlo interrumpido en su recorrido de la exposición (siempre he pensado que la visita de una exposición es un momento particularmente íntimo). Me dio la mano firmemente y no creo que

le haya desagradado demasiado que Anne, con sus facciones finas y sus veinticinco años, lo haya abrazado, aunque no recuerdo bien si hubo *bise* para lo que quizá hubiera necesitado una escalera. Rápidamente volvimos a la sala anterior a continuar nuestra visita y a hacer tiempo para que no nos lo volviéramos a encontrar. Es cierto que en ese momento también me dio gusto saber que ahora sí tenía un testigo de que la historia de los encuentros no me la había inventado a la latinoamericana...

Pasaron varios meses hasta que en los primeros días de diciembre se dio otro encuentro, pero esta vez de naturaleza distinta. La víspera de mi viaje a la India recuerdo que fui a *La Palette* –me imagino que Daniel me debe de haber citado allí, lugar que era su cuartel. Nunca fui un *habitué* de dicho *bistrot*, que no me fascinaba, pero tampoco me desagradaba. Había en aquellos años una fauna intelectual y seudointelectual latinoamericana con todos sus mitos y sus altibajos. Recuerdo que esa noche excepcionalmente Daniel no se quedaría mucho tiempo. Estaban como siempre sus amigos de barra: Juan un chileno que bebía *panachés*, el catalán, el que más me simpatizaba: la leyenda cuenta que había sido médico en Barcelona hasta que una historia de amor lo hizo emigrar a París; y un uruguayo obeso, pedante y de humor bastante pesado. Los tres trabajaban de pintores y albañiles, y eran antiguos parroquianos del lugar. En algún momento Juan nos dijo a Daniel y a mí que estaban terminando de pintar la nueva casa que Cortázar se había comprado en el Xème. Le pregunté en qué parte y Juan me dio la dirección exacta: 4, rue Martel. Al escuchar el español se acercó a nosotros un joven, algunos años mayor que Daniel y yo. Era un argentino que acababa de hacer una tesis sobre Heidegger en Alemania y que volvería en unos días a la Argentina. Me simpatizó y con él que me quedaría hablando de los relatos breves de Kafka que ambos admirábamos. Al volver a casa recordé claramente la dirección del Xème: curiosa la coincidencia de haberme enterado de ella esa noche y en ese lugar.

Un par de semanas más tarde, ya en Tamil Nadu vi una tarjeta postal navideña en la que, si mi memoria no es mala, en lugar de los consabidos motivos navideños occidentales (árboles de navidad, Santa Claus, trineos et al), había una divinidad hindú. Me pareció un soporte magnífico para escribir unas líneas el 26 de diciembre en Madrás y enviárselas al destinatario del 4 rue Martel. Nunca me imaginaría que a mi regreso a París, varias semanas después, habría otro encuentro: la respuesta a aquellas líneas en una breve carta manuscrita que conservo hasta la fecha.

Hace un par de días, verificando el encadenamiento de los encuentros antes descritos, fui a consultar el diario de viaje de esa estancia en la India. Tuve la gran sorpresa de encontrarme con el borrador de mis líneas escrito en el papel que venía dentro de la postal con un par de frases en inglés de felicitaciones navideñas. En esas líneas corroboré los encuentros e inclusive uno un poco anterior que volví a recordar. Me di cuenta de que la exposición de Beaubourg fue la de Magritte y no la posterior de Dalí que en alguna ocasión confundí; me di cuenta también como en esas líneas aparecen personajes, temas y artificios de su obra de los que me contagié. También vi en esas líneas la semilla de lo que soy.

Volví a verlo un par de veces en 1982, pero fueron encuentros de otro tipo. El primero fue en el coloquio sobre Lezama Lima de mayo en Poitiers. Iba acompañado de Carol Dunlop y pacientemente asistieron a todas las ponencias del primer día. No sabía que en un par de semanas planeaban convertirse en los astronautas de la cosmopista. Me pareció verlos cansados y pensé que sería natural después de toda una jornada de ponencias; ahora se sabe que ya estaban enfermos. El siguiente encuentro fue en el espectáculo poético de Saúl en Chaillot. Lo vi de lejos. Gladys Yurkievich estaba muy preocupada porque un joven escritor alumno de Saúl, que había bebido un par de copas de más, se le acercara en esos momentos. No sé si esto fue antes o después de principios de noviembre, cuando Carol Dunlop murió.

Un martes por la tarde de principios de 1984 cuando ya trabajaba en Paris 8, Saúl no me trajo de regreso al centro de París como de costumbre. Me dijo que me podía dejar cerca de un hospital parisino de la *rive droite*. No me di cuenta de que iba a verlo a él, a ese hospital, cuando su enfermedad ya estaba muy avanzada.

En la bella caligrafía de su carta manuscrita, leo que me abría la puerta a un nuevo encuentro personal. Mi timidez siempre lo pospuso.

Las líneas anteriores dibujan una figura de confluencias, de las que a él le gustaban, de una realidad emanada de la ficción.